1956 EL GRAN MIEDO

El mundo, impotente ante los nuevos desafíos

Los días de la esperanza en Budapest: blindado soviético capturado por los sublevados húngaros, en octubre de 1956.

22. Crisis roja
Pablo J. de Irazazábal

31. Hungría agoniza
José Mª Solé

38. Por el Canal
David Solar

1956 fue un año de rupturas, miedo y guerra: el estalinismo fue sepultado y, tras el Telón de Acero, surgió la ilusión de la libertad. Varsovia, Praga y Budapest quisieron quitarse el dogal soviético y los húngaros lo pagaron con millares de muertos. Nasser nacionalizó el Canal y fue agredido por israelíes, británicos y franceses. El nuevo líder comunista, Kruschov, y Eisenhower iniciaron una nueva era en las relaciones internacionales

Kruschov entierra a Stalin

Crisis roja

Las denuncias contra la dictadura estalinista, en el XX Congreso del PC soviético, cambiaron las relaciones dentro del bloque comunista. **Pablo J. de Irazazábal** narra los hechos y sus consecuencias tras el Telón de Acero, junto a los sucesos que conmocionaron al mundo aquel año crucial

Si hay que dar crédito a las agencias de la extinta Unión Soviética, Josip Vissarianovich Djugashvilli, más conocido como Stalin, falleció la noche del 4 al 5 de marzo de 1953. Así se dio a conocer a Occidente. Pero luego se supo que *Pravda* e *Izvestia*, los dos grandes periódicos de la URSS, habían publicado esta información: "Durante la noche del 1 al 2 de marzo, el Camarada Stalin sufrió una hemorragia cerebral (...). Se llamó a los mejores médicos para atender al Camarada Stalin (...). El tratamiento fue supervisado por el Ministro de Sanidad (...) y se realizó bajo la continua supervisión del Comité Central y el Gobierno soviético".

Del 1 al 5 de marzo transcurrieron cuatro días en blanco. Posteriormente se ha sabido, además, que la comunicación interna se demoró seis horas y diez minutos.

El comunicado de la muerte de Stalin, noticia aparte, tenía otros dos párrafos:

"El corazón del Camarada de armas de Lenin e inspirado continuador de su causa, el sabio maestro y líder del Partido y del pueblo, ha dejado de latir. El nombre de Stalin es infinitamente querido...". Nada reseñable salvo una pincelada sutil: el intento de unir a Stalin y Lenin que estaban todo, menos unidos.

El siguiente párrafo es más llamativo: "Nuestra tarea es preservar la acerada y monolítica unidad del Partido y mantener los ojos abiertos, la vigilancia política más estricta y comprometida en la lucha contra los enemigos interiores y exteriores (...), la más importante tarea del Partido y del Gobierno es asegurar un liderazgo ininterrumpido y correcto".

Ese liderazgo fue a parar a la *Troika*. El inmenso poder acumulado por Stalin se repartía entre tres líderes:

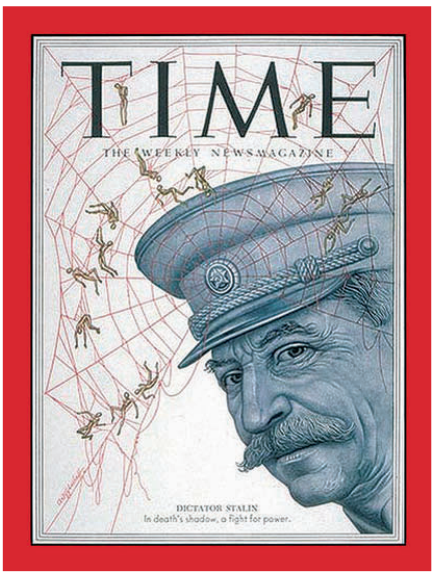
Georgi Maxilianovich Malenkov. Era primer secretario del Partido, del PCUS, y jefe de Gobierno. Con lo cual se asemejaba al difunto dictador. Vyacheslav Mijailovich Molotov, un veterano representante del viejo bolchevismo, hombre introvertido, eficaz político y servidor leal de Stalin. Laurenti Pavlovich Beria, el más peligroso de los tres, apoyado por la Policía y por el Ejército.

Su preeminencia quedó clara en los funerales de Stalin: ellos fueron los que hablaron, naturalmente para ensalzar la figura del muerto. Sorprendió un detalle: les presentó un casi desconocido, aunque número dos del Partido, el ucraniano Nikita Sergeievitch Kruschov.

De pronto, surgieron los misterios. En muy pocos días desaparecieron numerosas personas del entorno de Stalin: el jefe de Secretaría particular, teniente general Poskrebyshev, fue fusilado y de otros, nunca más se supo: desaparecieron el ministro de Sanidad, Tretyakov, tan elogiosamente citado en la información de la muerte del dictador; el propio hijo de Stalin, Vasily, jefe de la Fuerza Aérea y del Distrito Militar de Moscú; el comandante en jefe del Kremlin, teniente general Spiridonov y el comandante en jefe del Ejército de Tierra en el Distrito de Moscú, general Artemev... Y no tardaría en eclipsarse, de una u otra manera, la famosa *Troika*. Tras su eclipse emergió, con fuerza incontenible, un personaje gris, una figura maciza, calva, de apariencia vulgar, que había hecho una carrera discreta en el aparato soviético hasta alcanzar auparse como número dos del Partido en época de Stalin e, inmediatamente después de su muerte, había ascendido a primer secretario. Su revelación, a los 62 años de edad, tuvo lugar en dos acontecimientos de suma importancia: la Conferencia Cumbre de Ginebra y el XX Congreso del PCUS, el 14 de febrero de 1956.

Pablo J. de Irazazábal, periodista, es profesor de Relaciones Internacionales.

Stalin tuvo una extraña muerte, en la que ni es segura la fecha. Sus sucesores serían pronto eliminados y nacería un nuevo tipo de líderes comunistas (pintura soviética de la época).



La muerte de Stalin en la portada del semanario *Time*, con un diseño directamente alusivo a sus crímenes.

El estrellato de Kruschov

La Conferencia de Ginebra se recuerda porque, de todas las celebradas, sólo allí se tomaron resoluciones concretas: se establecieron las líneas de comportamiento de occidentales y soviéticos y fue la única a la que asistieron representantes de cuatro países: Estados Unidos, Reino Unido, Francia y la URSS.

Debe añadirse que representaban a la Unión Soviética dos personas: el primer ministro, Nikolai Bulganin y, sorprendiendo a todos, Nikita Kruschov, sin credenciales aparentes para sentarse en aquella mesa de negociaciones.

Occidente conocía a Kruschov por primera vez, pero pronto se hartó de verle, porque, invadiendo esferas de influencia de otros políticos, la nueva estrella viajó a Polonia, Alemania Oriental, Suiza, Checoslovaquia, China, Yugoslavia, India, Birmania, Afganistán y el Reino Unido. Om-

nipresente, siempre llevaba bajo el brazo su teoría de la coexistencia pacífica.

Tampoco descuidó el mercado interior: aparecía enseñando a los arquitectos a construir sus edificios, a los granjeros a cultivar la tierra, a los ganaderos a cuidar de sus vacas, a los artistas a crear, a los jóvenes a divertirse en sus horas de ocio...

Esta actividad también la desplegó en la preparación del Congreso del PCUS. De los 1.436 delegados reunidos el 14 de octubre, 500 habían sido nombrados después de la muerte de Stalin y de los 255 miembros titulares o adjuntos del Comité Central, 113 también eran nuevos.

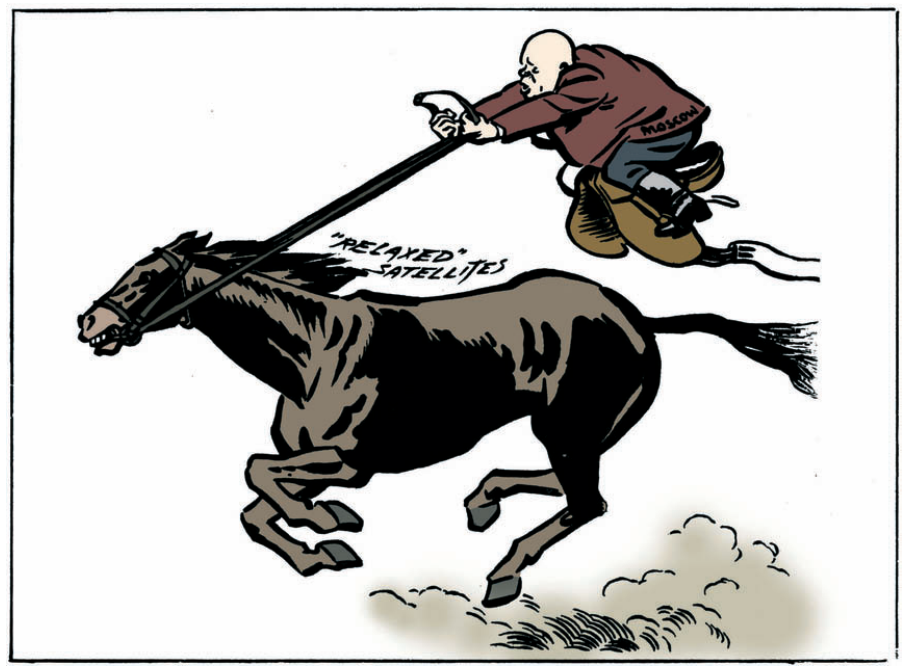
Kruschov llenaba las filas de los congresistas con su gente y eliminaba a quienes podían resultar peligrosos.

El XX Congreso

Estatutariamente el XX Congreso no podía convocarse hasta octubre de 1956. Pero, muerto Stalin, Kruschov se puso de acuerdo con la *Troika* y fijaron la celebración del Congreso para tres años y medio después del XIX. Sorprendió algo que señalase la fecha de su intervención para la noche del 24 al 25 de febrero y que pidiese para ella la calificación de *Secreta*. No faltó el comentario irónico: ¿Secreto, algo compartido por 1.436 personas? Él tenía sus motivos: "No podemos dejar estos asuntos en manos que no sean las del Partido. Especialmente en las de la prensa. Por esta razón hemos considerado esta sesión de carácter privado. Nosotros comprendemos el alcance de lo que aquí se diga".

Pronunció un discurso de 50.000 palabras y mandó distribuir antes del Congreso 16 informes de otras 30.000, para cada uno de los delegados asistentes. Especialmente un texto que llevaba el título de "Testamento de Lenin".

Bulganin, el jefe del Gobierno soviético, firma la constitución del Pacto de Varsovia, en mayo de 1955.



Kruschov cabalga sobre un caballo desbocado, cómic alusivo a los problemas suscitados por los países satélites tras la desestalinización *(The Manchester Guardian).*

Nada hacía presagiar algo anormal cuando, en los preliminares, dijo: "Entre el XIX Congreso y el XX hemos perdido a los distinguidos activistas Josip Vissarianovich Djugashvilli, Klement Gottwald y Kyuichi Tozuda. Pido, para cada uno de ellos, el recuerdo en honor de su memoria".

Los analistas más finos alertaron sus oídos en lo que, para el resto del mundo, podía parecer un homenaje.

Al hablar de Gottwald, de Tozuda y, sobre todo, de Stalin, se les calificaba de "distinguidos activistas". Nada de *Vozhd*, o *Rukovoditel*, o *Deyatel* (jefe, líder, participante muy activo), lo que significaba algo muy serio.

"¡Camaradas! –inició su discurso–. En el informe del Comité Central del Partido al XX Congreso (...) se ha repetido la cuestión del *culto a la personalidad* y las nefastas consecuencias que de ello se derivan. Después de la muerte de Stalin el Comité Central del Partido empezó a desarrollar una política de explicar concisa y consistentemente que es intolerable y ajeno al espíritu del marxismo-leninismo elevar a una persona hasta transformarle en un superman poseedor de características sobrenaturales que le elevan hasta la categoría de un dios. Tal hombre –supuestamente– lo sabría todo, lo vería todo, lo imaginaría todo y no podría haber nada censurable en su conducta. Tal creencia acerca de un hombre, y específicamente de Stalin, se cultivó entre nosotros durante muchos años".

Hachazo al padrecito

La chispa estaba encendida, pero todavía no pasó nada porque comenzó a cantar las excelencias de Lenin hasta que llegó a su testamento: "… detectó en Stalin características negativas que más tarde tuvieron graves consecuencias. Temiendo por el futuro del Partido y de la nación soviética, Lenin hizo una descripción absolutamente correcta de Stalin, preguntándose si no sería necesario considerar la cuestión de removerle de su puesto de secretario general porque Stalin era excesivamente rudo, lo que le llevaba a tener una actitud impropia hacia sus camaradas y manifestarse como caprichoso y abusar del poder.

En diciembre de 1922, en una carta al Congreso del Partido, Vladimir Ilyich escribió: 'Después de hacerse cargo de la secretaría general, el Camarada Stalin ha acumulado en sus manos un inmenso poder y yo no estoy seguro de que tenga la habilidad suficiente para utilizarlo con el cuidado debido'".

Ediciones Reales Sitios S.L.

Crónica de las Cruzadas

CRÓNICA DE LAS CRUZADAS

Realizado en el taller de David Aubert y pintado por el maestro Guillermo Vrelant hacia 1455 para Felipe III el Bueno, Duque de Borgoña, describe las batallas y sitios de ciudades que tuvieron lugar durante las cruzadas y la conquista de la tierra santa. Su extrao formato alargado y apaisado explica su propia razón de ser: además de una crónica, es una genealogía de los reyes del reino latino.

ALTA BIBLIÓFILIA EDICIONES FACSÍMILES TIRADA NUMERADA Y LIMITADA. 575 EJEMPLARES

El Sitio de Rodas

Libro de Horas de Vrelant

Tratado de Alquimia

Libro de Horas de Carlos V

IMPORTANTE: POR VEZ PRIMERA EDICIONES REALES SITIOS OFRECE LA POSIBILIDAD DE PODER ADQUIRIR EDICIONES DE ALTA BIBLIOFILIA AL ALCANCE DE TODOS, MEDIANTE NUESTRAS INMEJORABLES CUOTAS DE ADQUISICIÓN: 50 EUROS/MES.

Pídanos información sobre nuestra colección de Escultura Histórica

·Monumento a Isabel la Católica, El Almogavar, Monumento a los héroes de la Independencia...

Comercializa y Distribuye:

Ediciones Reales Sitios S.L.

Obras editadas por CBV

EDICIONES REALES SITIOS S.L. C/ Leopoldo Alas Clarín, 8 Local 17 28035 Madrid. Tfno 91/316 22 42 • www.edicionesrealessitios.com • e-mail: sr@edicionesrealessitios.com

La temperatura subía de tono y aún lo haría más cuando leyó una carta de la esposa de Lenin a Kamenev, de 1922, en la que se quejaba de la "rudeza" con que Stalin le había tratado y pedía que hubiese una rectificación, una disculpa por parte del secretario general. Como no la hubiera, dos meses y medio después, en marzo de 1923, Vladimir Ilyich Lenin envió a Stalin esta carta, que fue leída por Kruschov:

"Usted se ha permitido una grosera amonestación a mi esposa por teléfono. A pesar de que ella ha dicho que está dispuesta a olvidar lo que le dijo; sin embargo, Zinoviev y Kamenev escucharon la conversación. Yo no tengo la intención de olvidar tan fácilmente lo que se ha hecho contra mí y no necesito aclarar aquí que considero directamente contra mí lo que se ha hecho contra mi esposa. Le pido, pues, que considere cuidadosamente si está dispuesto a retractarse de sus palabras y explicarlas o si prefiere que se deteriore nuestra relación".

Los crímenes de Stalin, denunciados por Kruschov, fueron una de las claves de la desestalinización (caricatura alemana de la época).

Hasta aquí los 1.436 asistentes al Congreso habían permanecido tranquilos, pero al escuchar la lectura de la carta de Lenin empezaron a desatarse las más variadas reacciones que registra puntualmente el acta: "Conmoción en la sala".

Crímenes y mitos

Luego, Kruschov pareció dormir algo el informe describiendo la historia del país y del Partido, pero pronto lo calentó recordando los crímenes del stalinismo:

"Está comprobado que de los 139 miembros y candidatos del Comité Central del Partido que fueron elegidos para el XVII Congreso, 98 personas fueron arrestadas y fusiladas (...). Lo mismo ocurrió no sólo con los miembros del Comité Central, sino también con la mayoría de los delegados del XVII Congreso. De 1.966 delegados con derecho a voto, 1.108 fueron arrestados bajo la acusación de crímenes revolucionarios".

Kruschov salpicó su discurso con historias concretas, como la de Eikhe, miembro del Partido desde 1905, que cayó en desgracia ante Stalin. Fue arrestado el 1 de octubre de 1939 y pudo escribir dolorido: "No hay miseria más amarga que estar sentado en la cárcel de un gobierno por el que siempre había luchado".

La catarata de acusaciones contra Stalin no cesó hasta el final del informe:

– Stalin concedió premios con su nombre a quienes le adulaban.

– La advertencia de Lenin sobre la brutalidad y el ansia de poder de Stalin, quedaba perfectamente reflejada.

– Las purgas masivas llegaban al fusilamiento de 5.000 oficiales después del proceso del general Tujachewski.

Kruschov presentó una larga lista de víctimas asesinadas por ser judíos, católicos o islamistas. "Yo mismo –dijo– temía por mi vida cada vez que le visitaba".

Luego arremetió contra el mito de Stalin como gran estratega. Documentos que ahora han sido publicados demuestran que el 3 de abril de 1941 Churchill, a través de su embajador en la URSS, Stafford Cripps, personalmente alertó a Stalin de que los alemanes habían empezado a reagrupar sus unidades armadas con el propósito de atacar a la Unión Soviética y Stalin no hizo caso. "... Aunque el Ejército Rojo salió finalmente triunfante no se debió a Stalin", que era incapaz de leer correctamente un mapa.

Imposible recoger los borbotones de insultos de Kruschov al dictador muerto: "... el despotismo de Stalin..., el criminal asesinato..., las represiones masivas y actos brutales de violación de la legalidad socialista..., actos masivos de abuso..., brutales arbitrariedades..., monstruosas falsificaciones de casos..., prolongadas torturas..., golpes, golpes y nuevos golpes..., confesiones arrancadas a la fuerza..., la más brutal tortura y opresión..., inseguridad, miedo y desesperación..., miles de ejecutados sin juicio..., la más brutal tortura y opresión..., ¡dejadme gritar de horror por lo que han podido oír estos oídos!".

La reacción de los asistentes fue reflejada por los estenotipistas en 47 acotaciones:

– 2. "Conmoción".

– 9. "Movimiento" o "Desasosiego".

– 7. "Animación".

– 6. "Risas".

– 11. "Aplausos", sin más.

– 1. "Aplausos atronadores".

– 2. "Aplausos profundos y prolongados".

– 9. "Aplausos tempestuosos y prolongados".

Al terminar el discurso, los aplausos se transformaron en una ovación con los presentes puestos en pie. "Estamos absolutamente seguros –remató Kruschov– de que nuestro Partido, armado con las históricas resoluciones del XX Congreso, conducirá al pueblo soviético, al paso del leninismo, a nuevos éxitos y victorias" (tumultuosos, prolongados aplausos).

"¡Larga vida a la victoriosa bandera de nuestro Partido, el Leninismo!" (tumultuosos, prolongados aplausos que terminan en ovación; todos en pie).

Las consecuencias

El primer efecto de la desestalinización se produjo en Polonia, *la bestia* del comunismo. El secretario general del POU

Los manifestantes se mofan de la estatua de Stalin en Budapest, tras haberla derribado y destruído. El XX Congreso alcanzaba efectos insospechados.

(Partido Obrero Unificado), Wladyslaw Gomulka –que había sido destituido de todos sus cargos en 1948 y encarcelado en 1951, acusado de titoísmo y desviacionismo nacionalista– fue rehabilitado, el 6 de abril de 1956, porque "pese a sus errores, su prisión no tiene justificación legal".

Mientras la tormenta tronaba en los despachos en la calle hubo calma. Tampoco ocurrió nada cuando el primer ministro Cyrankiewitz dijo, el 6 de mayo, en el Parlamento: "Estamos indiscutiblemente en el umbral de un nuevo proceso histórico de democratización de nuestra vida política y económica". Ni siquiera hubo desórdenes cuando el país se dividió en tendencias –los gomulkianos y los natolinianos, de Natalia, el barrio de Varsovia en el que se reunían los estalinistas–. Por otro lado, la excarcelación de 30.000 presos (4.500 políticos) y la reducción de penas a otros 70.000 se consideró muy positiva.

Pero el 28 de junio saltó la chispa en la industrial Poznan. Los 15.000 obreros de la fábrica de vagones de ferrocarril se manifestaron gritando: " ¡Queremos pan!, ¡Fuera el comunismo!, ¡Los ruskis a casa!, ¡Queremos libertad!".

La multitud, que crecía por momentos, se dirigió a la sede del Partido, apedreó a quienes quisieron calmarla, llegó a la cárcel para liberar a los presos y pretendió, sin conseguirlo, invadir el edificio de la radio. Al fracasar en su intento acudió a la Comisaría de Policía, esta vez portando fusiles. Cuando la policía restableció el orden habían muerto 53 personas, más de 300 estaban heridas y 323 detenidas.

La tensión pareció quedar en esto. Pero la rivalidad entre Ochab y Gomulka, la esperanza de los polacos, aumentó de tono. Tanto que Nikita Kruschov se creyó obligado a intervenir. Las tropas soviéticas en territorio polaco tomaron posiciones en los centros urbanos y el 19 de octubre el propio secretario general se presentó en Varsovia con una formidable corte de políticos y generales.

En el aeropuerto, ante el Comité directivo del comunismo polaco, *Mr. K* –como ya se le llamaba en todo el mundo–, se pronunció violentamente: "Hemos derramado nuestra sangre por este país y ahora quieren vendérselo a los americanos".

No esperaba oír una respuesta tan desabrida como su discurso: "Nosotros hemos vertido más sangre que vosotros. Y, además, aquí nadie vende nada".

Kruschov se volvió a Ochab para preguntar:

–¿Quién es éste?

La respuesta llegó de los labios del inesperado opositor:

–Soy el antiguo secretario general del Partido, a quien Stalin y usted mismo llevaron a la cárcel. Me llamo Gomulka.

Mr. K pretendió despreciarle y, mientras le volvía la espalda, preguntó de nuevo a Ochab:

–¿Qué hace éste aquí?

La respuesta fue como un mazazo:

–Le hemos elegido secretario general del Partido.

Kruschov gritó:

–¡Traición!

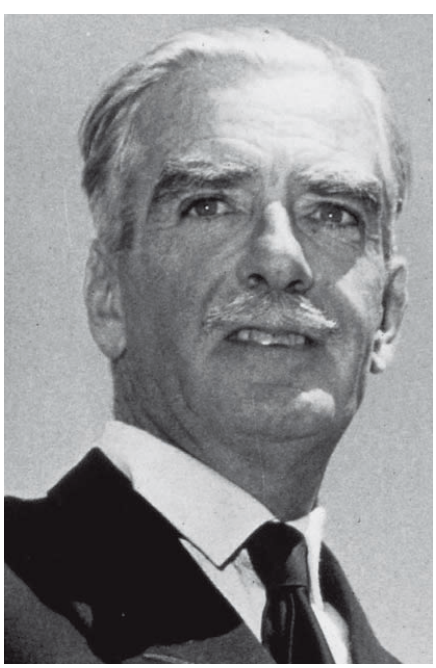
Los blindados soviéticos se acercaron a Varsovia, pero no hubo más incidentes.

En Checoslovaquia, a partir de mayo, se produjo un muy importante cambio de personas y una profunda remodelación de las instituciones, especialmente de la Justicia. Se rehabilitó a los supervivientes del proceso Slansky, celebrado en 1952 bajo la acusación de traición a la patria. Las autoridades comunistas reconocían que ese proceso estuvo basado en amenazas, torturas y falsos testimonios.

En Hungría, el jefe del Partido Comunista, Matyas Rakosi, ante una multitud congregada en Budapest, se reconoció culpable de haber conculcado la ley y de haber ejercido una dictadura al estilo de Stalin. Como ejemplo de los nuevos tiempos, el Gobierno, que había perseguido implacablemente a la Iglesia, le ofreció inmediatamente una sincera reconciliación.

Ya entrado el otoño, comenzó la gravísima crisis magiar, sobre la que se profundizará en el siguiente artículo, pero, como muestra de las esperanzas suscitadas en todo el bloque comunista por la desestalinización, enumeraremos alguna de las múltiples demandas que se formularon en aquellos días: "Salida de las tropas soviéticas de Hungría, acercamiento de Occidente, abandono del Pacto de Varsovia, neutralidad perpetua, libertad de prensa, supresión del sistema de partido único y elecciones multipartidistas, liberación de los presos políticos".

Cartel satírico soviético de 1957 sobre la doctrina Eisenhower, cuya panoplia armamentística –cohetes, bombas atómicas y de hidrógeno y espionaje– amenaza a la indefensa URSS.



Anthony Eden. El *premier* británico tuvo que lidiar con la crisis de Suez, la cual puso un final abrupto a su brillante carrrera política.

Era demasiado para Moscú. El 4 de noviembre, 1.000 carros soviéticos, apoyados por la aviación, asolaban Budapest. La radio, en manos de los sublevados; sólo transmitía un mensaje desesperado: "¡Auxilio, auxilio, auxilio…!" Pero todo el apoyo que recibieron de Occidente fueron numerosas manifestaciones de protesta contra la URSS y una declaración del presidente Eisenhower, implicado en su reelección.

¡Que se vaya el amo blanco!

El 18 de junio de 1956, los ingleses abandonaron definitivamente Egipto. Un mes y una semana después de la marcha de los británicos, el 27 de julio, el *Diario Oficial* egipcio publicaba la Ley de nacionalización del Canal, cuyo artículo 1º lo decía todo: "La Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez es nacionalizada. Todos los bienes y derechos que posee y las obligaciones que tiene, quedan transferidas al Estado...".

Se respetaban los puestos de la Administración, pero los beneficios que el pago del peaje representaba pasaban inmediatamente al Gobierno egipcio. Las cuentas de los Bancos de la Compañía Universal quedaron bloqueadas automáticamente y se ocuparon, asimismo, las oficinas de la compañía. Al frente de la Administración General se constituyó un Comité directivo egipcio, presidido por Mohammed Hilmy Badui, que había sido representante de Egipto en la Administración del Canal.

La Compañía Universal –compuesta, esencialmente, por intereses de Francia y Gran Bretaña– había iniciado sus funciones con la apertura de la vía marítima, el 17 de noviembre de 1869. Como la concesión que se le había otorgado tenía una duración de noventa y nueve años, debería de haber finalizado el 17 de noviembre de 1968, a medianoche. El Rais se adelantaba en doce años. Los beneficios de los dos primeros días de paso des-

a tu vera
Porque la vida a veces no te lo ha puesto fácil.
Por ser de verdad. Por la sonrisa de cada mañana.
Por eso, estamos siempre a tu lado.
CajadeÁvila
nuestro interés, las personas

Dwight Eisenhower y Richard Nixon festejan su victoria electoral, que les otorgó los votos de 41 de los 48 Estados de la Unión. En aquellos días críticos, Eisenhower era una apuesta segura.

pués de la nacionalización sumaban unos 400 millones de francos. Generosamente, el Gobierno egipcio concedía que los pagos de peaje pudieran realizarse en El Cairo, en París o en Londres. Pero, eso sí, si se hacían en las capitales europeas deberían consignarse a la orden del Banco Nacional egipcio para ser transferidas a la cuenta del canal por medio del Middland Bank.

La secuencia de protestas no se hizo esperar: "No podemos, de ningún modo, aceptar la medida unilateral decidida por el coronel Nasser (...), la medida lesiona los derechos e intereses franceses", declaró un portavoz del Ministerio de Exteriores. "El Gobierno británico protesta contra esta acción arbitraria, que constituye una grave amenaza a la libertad de navegación a través de una vía de agua de vital importancia internacional (...)", dijo el *premier* británico, Anthony Eden, que no ocultó una amenaza: "La responsabilidad de las consecuencias recaería enteramente sobre el Gobierno egipcio".

También protestó la Compañía del Canal, calificando como brutal la actuación egipcia y advirtiendo que "toda orden dada por el Gobierno egipcio o por sus representantes a los barcos, a fin de retener los fondos de la Compañía, debe ser considerada como nula y no recibida".

El Cairo aclaró que sólo se había adelantado a los acontecimientos, porque era deber primordial del Gobierno asegurar la existencia de un pueblo de 24 millones de habitantes. Garantizaba que estaba prevista una indemnización para los pequeños accionistas y y que no se subirán las tarifas de peaje.

La guerra, extraordinariamente impopular ante la opinión pública, fue fruto de una de las más sucias conspiraciones de la posguerra mundial y no sirvió de nada a sus muñidores. En ella se labró la ruina política de Anthony Eden, uno de los políticos británicos más distinguidos del siglo, que tuvo que abandonar la jefatura del Gobierno a comienzos de 1957.

La doctrina de Eisenhower

En todos los cruciales acontecimientos del año 1956 sorprende la escasa actividad internacional de Estados Unidos. La causa fueron las elecciones presidenciales y los achaques físicos que estaba padeciendo el presidente y candidato. El año electoral no había empezado bien para los republicanos, decididos a repetir mandato. Su mejor activo, la persona del general-presidente Eisenhower, mostraba innegables signos de deterioro físico. A un ataque al corazón sufrido meses atrás había seguido, ya entrado 1956, una complicada operación quirúrgica intestinal.

Con todo, la Convención republicana volvió a dar su apoyo al tándem Eisenhower-Nixon para las elecciones de noviembre. El prestigio y la extensa popularidad del presidente parecían asegurar, frente a todos los problemas planteados, un triunfo cierto para el partido.

Enfrente, se situaba como candidato del Partido Demócrata, el elocuente e ingenioso diplomático Adlai Stevenson, que ya en 1952 había sido derrotado por Eisenhower. La opción demócrata parecía bien respaldada, pues el partido controlaba –y controlaría por bastante tiempo– las dos Cámaras legislativas. Sin embargo, en aquellos momentos, en plena Guerra Fría, la personalidad del héroe Eisenhower tenía un atractivo irresistible para el electorado y nada similar podía ofrecer su oponente. Ese prestigio fue elevado a la enésima potencia por la crisis de Hungría, que llenó las ciudades norteamericanas de manifestaciones anticomunistas. El viejo militar era el mejor emblema para quienes apoyaban la idea de defender a toda costa los intereses nacionales. Las consecuencias de todo ello se reflejaron en los resultados electorales que dieron un arrollador triunfo a los republicanos, vencedores en 41 de los 48 Estados de la Unión.

Fortalecida la Administración republicana, los hechos del otoño de 1956 –Suez y Hungría– impulsarían un giro más decidido en la política de Washington en su papel de defensor del *mundo libre*.

Así, como directa continuación de la Doctrina Truman de contención del comunismo, nacía la Doctrina Eisenhower, cuyo contenido fue hecho público el 5 de enero de 1957. Por ella, Estados Unidos prometía y aseguraba apoyo económico y militar al país que pidiese ayuda en su lucha contra el comunismo. El presidente proclamó –y el Congreso lo aprobó– el proyecto de utilizar, si fuera necesario, las fuerzas armadas norteamericanas para proteger la independencia de cualquier país de Oriente Medio que lo solicitase. Las espadas estaban, pues, en alto. ■

Inaceptable rebeldía

HUNGRÍA AGONIZA

Efímero fogonazo, la explosión de libertad que vivieron los húngaros en octubre de 1956 demostró de la forma más dramática la voluntad general de mantenimiento del orden internacional establecido por las grandes potencias en Yalta. **José María Solé** reconstruye los hechos

El 23 de octubre de 1956, más de ciento cincuenta mil personas ocupaban el centro de Budapest, en apoyo y solidaridad con el pueblo polaco. Lo que en un principio se planteó como una pacífica manifestación estudiantil abrió una dinámica insurreccional de imprevisible fin.

Desfilaban, codo con codo, liberales, demócratas, comunistas, anticomunistas y socialdemócratas, pero también significados elementos de la extrema derecha y nostálgicos del autoritarismo conservador del régimen de Horthy, en lo que era presentado como una comunión impulsada por los más nobles sentimientos del patriotismo nacional.

El *deshielo* abierto tras la muerte de Stalin, en marzo de 1953, había generado en toda la órbita soviética esperanzas de liberalización y las movilizaciones obreras producidas en varios países pusieron por vez primera de manifiesto la existencia de un descontento y una decidida disconformidad.

En Hungría, el reformista Imre Nagy había protagonizado, ya aquel mismo año, una breve y frustrada apertura, pronto cerrada por la vuelta al poder de los duros estalinistas de Matyas Rakosi. Pero tres años más tarde, el informe secreto presentado por Kruschov, ante el XX Congreso del Partido Comunista Soviético, denunciando los crímenes de Stalin, había dado alas a los descontentos. En Budapest, el Círculo Petöfi, el más im-

Los manifestantes queman retratos de Stalin en Budapest, en el enfervorizado clima de la insurrección.

José María Solé es coordinador de *La Aventura de la Historia.*

Agentes de la policía política (AVO), ametrallados por los manifestantes que se habían apoderado del arsenal obtenido en el asalto de una fábrica de armas.

Kruschov, el nuevo hombre fuerte de la URSS, tras una ligera vacilación ahogó en sangre la sublevación húngara (por E. O.).

portante foro de intelectuales, protagonizaba la actitud reivindicativa.

En julio de aquel 1956, Rakosi era sustituido en la dirección del Partido de los Trabajadores por Ernö Gerö, que contó con Janos Kadar y otros estalinistas templados. Sus primeras medidas tuvieron en la rehabilitación pública de las víctimas de las purgas del stalinismo su más significativa nota simbólica. A principios de octubre, el entierro de Laszlo Rajk, la más emblemática víctima de aquel tiempo de terror, se convirtió en una masiva afirmación del deseo de cambio.

La movediza situación permitía la presencia de una prensa libre y la expresión de todo tipo de opiniones y críticas al régimen, en un clima de tolerancia que hizo creer a muchos que el gran paso de la liberalización ya era irreversible.

Los hechos de Polonia, con un Gomulka que se estaba enfrentando a la URSS, sin exponer a su país al riesgo del zarpazo del Kremlin, proporcionaron a los húngaros los bríos que posibilitarían el levantamiento de octubre.

¡Nagy, al poder!

En el Budapest de aquel día 23, una parte de los manifestantes se dirigió hacia la gran plaza presidida por el edificio del Parlamento. Allí, al grito de "¡Nagy al poder!" y ante más de trescientas mil personas, los representantes estudiantiles plantearon sus exigencias a las autoridades: evacuación de las fuerzas soviéticas, libertades de expresión y de prensa, elecciones libres, rehabilitación de las víctimas de las purgas y liberación de la dependencia de la URSS. Superado por los hechos, el comité central del Partido pidió a Nagy una intervención apaciguadora de los ánimos.

En su alocución, solicitó a los manifestantes respeto al orden constitucional y disciplina. Pero, tras derribar la colosal estatua de Stalin, los más radicales marcharon al edificio de la Radio Magyar. Allí, ante la amenaza de asalto de la turba crecientemente enfervorizada-encolerizada, que pretendía difundir un comunicado reivindicativo, la policía de seguridad, la

Un ardoroso apoyo

España mantenía unas fantasmales relaciones diplomáticas con el régimen húngaro desaparecido en 1945. Una ideológica ficción permitía mantener abierta una Legación en el 49 del Paseo de la Castellana, con un residual personal que disfrutaba de tratamiento diplomático y que era un laborioso centro de actividad de la extrema derecha.

El estallido de la insurrección húngara permitió al Régimen, todavía inseguro en su posición internacional –aún no llevaba un año en las Naciones Unidas– desplegar en ese ámbito una gran actividad. Franco tuvo la oportunidad de mostrar su decidido anticomunismo como *Centinela de Occidente*, apoyando la acción internacional contra la invasión y organizando ayuda humanitaria para los afectados, a través de Cruz Roja y Caritas.

La revista integrista *Punta Europa*, en su número 11, de noviembre 1956, hablaba de "… la brutal y cínica acometida que sufre Hungría" y apuntaba: "Apoya a los húngaros la lógica unanimidad del mundo que siente la amenaza de algo peor que la miseria, el dolor y la misma muerte: la brutalidad de los sin Dios, el encanallamiento soviético, aún peor que su fuerza brutal irresistible para los que ceden teniendo que sucumbir".

En templos y colegios religiosos, el episodio aportaba suculenta materia. Mindszenty, en su autorreclusión, era el más dramático símbolo de aquella *Iglesia del silencio* tan cara al nacionalcatolicismo. A otro nivel, el mejor Honved, que se hallaba fuera de Hungría jugando la copa de Europa, optó mayoritariamente por exilarse, en gran medida en España. Las proezas futbolísticas de Puskas, Kocsis, Sibor o Szalay venían cada tarde de domingo a ser una especie de resarcimiento colectivo de aquel sangriento episodio.

Los manifestantes queman una bandera soviética en Budapest. Era sólo el principio. En pocos días, estas calles serían arrasadas por la lucha.

odiada y temida AVO, disparó aportando los primeros héroes de la revuelta.

La masacre facilitó la tarea de los agitadores y, entrada la noche, fue asaltada una fábrica de armas; muchos de los manifestantes se convirtieron así en combatientes de hecho. Ante el incontrolable aluvión, el amedrentado Comité Central decidió encargar a Nagy la formación de un gobierno, al tiempo que solicitaba ayuda a la URSS para el aplastamiento de la "rebelión contrarrevolucionaria".

En la mañana del 24, la capital estaba alzada y los temidos tanques soviéticos hicieron su aparición. Los paisanos se les enfrentaron en desigual lucha con armas ligeras y artesanales y los muy efectivos *cocteles molotov*. Tres jornadas bastaron para que una treintena de carros quedase inutilizada. La destrucción de aquellos símbolos materiales de la ciega fuerza se alzaba como el mejor símbolo de la voluntad de victoria que animaba a quienes se presentaban como insurrectos.

Aquel enfrentamiento entre fuerzas tan desiguales aportaba todo un atrayente halo de heroico romanticismo muy acorde con la tradición nacional. En escenarios urbanos cuyos nombres se harían míticos, adultos y adolescentes, colegiales y aprendices de fábricas y talleres, cumplían lo que muchos veían como una misión histórica. Los barrios obreros de la capital aportaban el grueso de los que se veían como "luchadores de la libertad".

No faltó, entre los patriotas, la activa presencia de elementos antisociales y veteranos delincuentes que aprovechaban la situación para actuar impunemente contra los signos de la autoridad. Pero, en general, la población de la capital parecía arrebatada por aquel deseo de cambio.

Consejos obreros

Algo de mayor enjundia se movía fuera de los escenarios de lucha callejera. Declarada la huelga general, en minas, fábricas y talleres de todo el país se creaban consejos obreros; los campesinos no se quedaban atrás y, en plena efervescencia de solidaridad, los consejos agrarios aseguraban el suministro de alimentos a las ciudades alzadas. Con el decisivo soporte de las emisoras de radio ocupadas –o liberadas, según la óptica– no tardó en imponerse la federación de todos ellos en el Consejo Obrero.

En Hungría entera se mostraba la presencia de una estructura invisible pero muy activa, que trabajaba según un preciso plan. Todos los símbolos de la odiada dominación eran sistemáticamente desplazados, desde las estrellas rojas hasta las placas conmemorativas y los monumentos. La bandera tricolor ondeaba por doquier con un agujero redondo en su parte central, de donde habían sido arrancados los símbolos de la dictadura, erigiéndose en el más expresivo símbolo de la insurrección.

Todo ello era un ejercicio práctico de "purificación", de gran utilidad como instrumento de control de un movimiento aparentemente espontáneo. El linchamiento público de varios policías secretos fue así una notable aportación a aquella especie de catarsis colectiva. Los rasgos *estudiantiles* del comienzo habían dado paso a una progresiva presencia proletaria. El gran complejo industrial de Csepel, al sur de Budapest constituía el

La gente se agolpa en torno a Imre Nagy, el jefe de Gobierno que encarnó las aspiraciones liberalizadoras húngaras. El papel jugado en la sublevación le costaría la vida.

centro de gravedad de la nueva situación. Pero, de hecho, la unión de los Consejos imponía una peligrosa dualidad del poder, que ya no pertenecía en exclusiva al Gobierno. Las demandas de aquéllos iban bastante más allá de los límites previstos por los burócratas reformistas. Amenazando con detener la producción, a sus exigencias iniciales añadían otras abiertamente dirigidas contra aquella misma burocracia y, sobre todo, el fin de los lazos de sujeción a la URSS.

Mientras dos delegados de excepción, Anastas Mikoyan y Mijail Suslov, llegaban desde Moscú para reconducir la situación, en el seno del Partido proseguía la dura lucha entre reformistas e intransigentes. El día 25, mientras se desataba una nueva masacre, Gerö era sustituido como dirigente del Partido por Kadar. El 27, Nagy formaba un nuevo gobierno, que contaba con prestigiosos políticos de la era precomunista e inmediatamente decretó el alto el fuego.

Se van los rusos

El día 30 era suprimida la odiada AVO, se reorganizaban las fuerzas armadas y las milicias y se decretaba la amnistía para los *patriotas* que habían participado en el alzamiento. La acción del Gobierno, superado por los hechos, decepcionaba a los más radicales pero, evacuadas las fuerzas soviéticas de la capital, los más optimistas veían ya ganada la batalla.

Desde Munich, los micrófonos de *Radio Europa Libre*, financiada por la CIA, lanzaban broncas y ardorosas proclamas anticomunistas, actuando como animadoras a la insurrección. Acusaban a Nagy y a los moderados de ser traidores y "asesinos del pueblo", al tiempo que falsamente anunciaban una inmediata ayuda de Occidente a los insurrectos.

Era ya evidente la dificultad del intento de encauzar la protesta por unas vías de autorreforma del sistema. Además, el desbordamiento de la violencia no hacía más que cuestionar el carácter democrático de la sublevación. A su calor, levantaban cabeza los restos del brutal fascismo nacional y los defensores de la dictadura reaccionaria de preguerra aparecían junto a abiertos brotes del más rancio y tradicional antisemitismo.

Los agitadores profesionales tenían campo abierto para su actividad y, mientras cientos de miles de personas eran manipuladas en la calle, el deseo de liberalización existente en gran parte de la población era animado con promesas de evidente imposible cumplimiento.

El cardenal primado, Jozsef Mindszenty, recuperaba la libertad y tenía oportunidad de alzarse como referencia moral de primer orden para un país en lucha. Pero cuando, el 3 de noviembre, habló finalmente por radio, su tan esperado discurso respondió a su arrogante antidemocratismo. No respaldó a los reformistas y se limitó a pedir el retorno a la normalidad laboral, rechazando las venganzas personales y mostrando un deseo de neutralidad. Privaba así a las vacilantes autoridades del vital refuerzo moral que hubiera podido darles.

Éstas trataban de responder a las exigencias populares y, al mismo tiempo, tranquilizar a Moscú. De hecho, las sucesivas concesiones de los gobernantes a las exigencias de los consejos obreros fue consiguiendo la calma en la calle.

Nagy personificaba la única sensatez posible dentro de un marco de actuación que, a pesar de las apariencias, era cada vez más estrecho y amenazado. Contaba con rakosistas rescatables junto a políticos de los partidos suprimidos por la dictadura comunista, socialdemócrata y agrario. El filósofo Gyorgy Lukacs aportaba todo su prestigio personal, de especial relevancia ante la opinión pública internacional.

Fueron jornadas de euforia y preparación del futuro, en una Hungría libre de tropas extranjeras. El 1 de noviembre, el Gobierno y el Partido acordaban una

Mindszenty, primado de Hungría, puesto en libertad pos los sublevados. No vio claro el futuro del nuevo régimen y no se comprometió, optando por refugiarse en la embajada de Estados Unidos.

Una mujer armada arenga a la gente para que se adhiera a la sublevación que comienza. Un policía de la AVO acababa de ser linchado.

declaración de neutralidad y el abandono del Pacto de Varsovia. El camino hacia el desastre quedaba iniciado.

Aquella noche, Kadar marchaba en secreto a Moscú a recibir órdenes, mientras que en la zona oriental del país se concentraban nuevas fuerzas soviéticas. La población de la capital vivía sus últimas horas de gozosa libertad, con la tranquilidad recuperada en la calle y la febril actividad de los partidos políticos lanzados a su reorganización. Los consejos obreros llamaban a la normalización laboral, se restablecía el orden público y los escombros eran retirados de calles y plazas.

El día 3, formó Nagy su último gabinete y, consciente de lo peligroso de la situación, se apresuró a tranquilizar a Moscú, declarando que impediría cualquier forma de restauración del capitalismo y que mantendría las conquistas del socialismo, si bien dentro de unas bases democráticas. Al mismo tiempo, comunicaba al secretario general de la ONU que nuevas fuerzas soviéticas seguían entrando en el país. La delegación que se formó para tratar de detener el avance, presidida por el prestigioso general Pal Maleter, ministro de Defensa, se trasladó aquel mismo día a Tököl, con el fin de negociar un acuerdo. Nada más llegar, sus miembros fueron detenidos.

Los hombres del Kremlin no querían riesgos y, hechas las concesiones tácticas que consideró aceptables, decidió la intervención. Para entonces, un "gobierno revolucionario obrero y campesino", formado por Kadar para la ocasión en la localidad de Szolnok, había solicitado formalmente ayuda a la URSS.

Con las primeras luces del día 4, diecinueve divisiones del Ejército Rojo, más de 200.000 soldados con el apoyo de 1.000 blindados penetraban arrolladores en la aglomeración capitalina, mientras Nagy –tras haber denunciado por radio la invasión– se refugiaba en la embajada yugoslava y Mindszenty lo hacía en la norteamericana. Los desesperados llamamientos realizados por las emisoras de radio, pidiendo ayuda a los países occidentales, sólo eran los patéticos estertores de la gran esperanza moribunda.

Diez días de despiadados bombardeos y de inútil resistencia fueron suficientes para sofocar el levantamiento, que dejaba tras de sí una cifra milenaria de muertos cuyo número jamás se concretaría. Y, mientras tanto, la pantanosa zona fronteriza con Austria era el dificultoso camino de más de 200.000 húngaros que, despavoridos, optaron por convertirse en refugiados.

PARA JUSTIFICAR EL ENVÍO DE TROPAS, EL ESTALINISTA JANOS KADAR FORMÓ UN GOBIERNO PARALELO QUE SOLICITÓ LA INTERVENCIÓN

El orden de Yalta

En realidad, y a pesar de las esperanzas y las falsas e intoxicadoras promesas y declaraciones sin fundamento real, desde

"Socorro para Hungría: una resolución de la ONU". El cómic de Cummings, en *Daily Express*, muestra la impotencia mundial ante la agonía húngara.

un principio había estado claro el hecho de que ni los Estados Unidos ni ninguna de las potencias occidentales habían tenido la menor intención de quebrar el orden impuesto en Yalta. Más aún, los acontecimientos húngaros venían a ser una muy molesta alteración de la situación de apaciguamiento y relativa distensión que la desaparición de Stalin había abierto en las relaciones internacionales.

La coincidencia de los hechos de Hungría con la crisis de Suez venía a justificar la absoluta imposibilidad de considerar una posible acción conjunta en este sentido. Washington lanzó abiertas condenas a la actuación soviética, pero paralelamente aseguraba a Moscú, por vía diplomática, su voluntad de no contribuir a la alteración de la situación.

Al contrario que sus Gobiernos, la opinión pública occidental se vio conmovida por los dramáticos hechos, que en destacados intelectuales de izquierda suscitó graves problemas de conciencia. La Guerra Fría tenía nuevos mártires que añadir a su particular santoral.

Kadar era el rostro visible de lo que se presentaba como una masiva venganza, mientras una huelga general comprobaba su fracaso. Más de cien mil personas fueron sus víctimas; en su inmensa mayoría, internados, y más de 25.000, condenados a diversas penas. Se llevaron a cabo unas 250 ejecuciones y esporádicos movimientos de resistencia persistieron en las fábricas hasta el siguiente año. En junio de 1958, Nagy –que, ingenuamente, se había entregado esperando justicia–, Maleter y sus más estrechos colaboradores eran condenados por alta traición y ejecutados: perfectas víctimas propiciatorias del sacrificio colectivo. Aquella inaceptable rebeldía estaba adecuadamente liquidada.

Hasta hoy, los herméticos archivos de los Ministerios de Defensa, de los partidos comunistas y de las policías secretas de Hungría y de la URSS guardan sus secretos. Los hechos que hace medio siglo conmovieron al mundo deberán seguir esperando su real explicación. ■

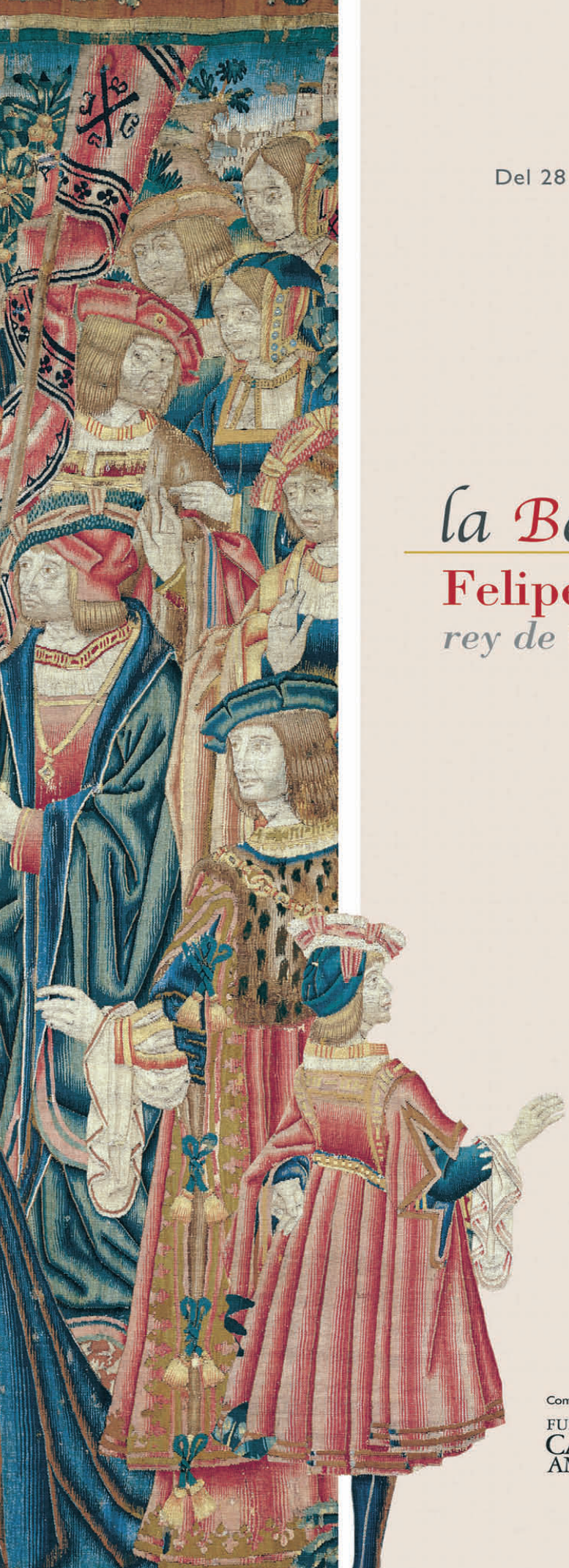
Escenarios vivos

La ciudad de Budapest conserva casi intacta la práctica totalidad de los escenarios a los que los hechos elevaron a la categoría de mitos. El Pasaje y el Cine Corvin, los Cuarteles Killian, el edificio de Radio Magyar, el Cementerio Kerepesi, las embajadas yugoslava y norteamericana, la Universidad Técnica, la Prisión Utca -centro de encierro y ejecución–, las plazas y estatuas que fueron escenarios y testigos de las grandes manifestaciones iniciales, el Nuevo Cementerio Público, donde reposan los héroes...

En el noble y elegante Bulevar Andrassy, de Budapest, que recupera su viejo esplendor, se halla la Casa del Terror. Museo que conmemora a las víctimas de las sucesivas dictaduras que Hungría sufrió: la nacional fascista y la comunista. Reconstruye espacios utilizados en la política represiva, que tuvo en este edificio su principal centro y que decidió la vida y la muerte de millones de húngaros.

A 15 km de la capital, el Parque de las Estatuas reúne varias de las piezas que fueron ornato de la vía pública durante la etapa comunista. En variados estilos y sorprendentes interpretaciones, junto a Marx y Engels, alzan sus efigies dirigentes locales, al lado de muestras de la exaltada apología estatuaria estalinista y la memoria escultórica de la presencia húngara en las Brigadas Internacionales.

Tumba de Imre Nagy, en el Cementerio Público de Budapest. El héroe y mártir fue ejecutado en junio de 1958.



CASA DEL CORDÓN

BURGOS

Del 28 de Septiembre al 30 de Diciembre de 2006

la Belleza y la Locura

Felipe I el Hermoso *Brujas 1478_Burgos 1506*

rey de Castilla, duque de Borgoña

Lunes a viernes	12:00 h a 14:00 h
	19:00 h a 21:00 h
Sábados	11:00 h a 21:00 h
Festivos	11:00 h a 14:00 h

Visitas guiadas (Tel.: 947 258 113)

Grupos:	Lunes a viernes	10.00-12.00 h
		17.00-19.00 h
Individuales:	Martes	10.00-12.00 h
	Viernes	17.00-19.00 h

Comisariado

FUNDACIÓN CARLOS AMBERES

Stad Brugge

Organiza y patrocina

FUNDACIÓN Caja de Burgos

Israel, Inglaterra y Francia, a la guerra

Por el Canal

El 26 de julio de 1956, Gamal Abdel Nasser nacionalizó el Canal de Suez. **David Solar** expone los motivos del Rais, los planes secretos de los tres afectados para derrocar al presidente de Egipto y la profunda crisis internacional creada, de la que surgieron los *cascos azules* de la ONU

El 26 de julio de 1956, conmemorando el cuarto aniversario de la expulsión del rey Faruk, el presidente de la República egipcia, Gamal Abdel Nasser, pronunciaba un discurso en la gran plaza alejandrina de Mohamed Alí, en la que su aparato de propaganda había reunido un auditorio milenario. Subió al estrado hacia las siete de la tarde y, tras un comienzo jocoso, adoptó un tono grave que se tornó iracundo cuando se refirió al Canal de Suez y a los conflictos del Gobierno egipcio con la Compañía que lo explotaba y, en el clímax de la vehemencia y la emoción, gritó: "Vamos a tomar los beneficios que nos arrebata esa Compañía imperialista, ese estado dentro del Estado, mientras nosotros nos morimos de hambre (…). Yo os anuncio que ahora, mientras os hablo, el Boletín Oficial publica la ley que nacionaliza la Compañía. En estos momentos, los agentes del Gobierno están tomando posesión de la Compañía. ¡El Canal pagará la Presa! Hace cuatro años, aquí mismo, Faruk huía de Egipto. ¡Yo, hoy, en nombre del pueblo, tomo el Canal! ¡A partir de esta tarde el Canal será egipcio y estará dirigido por egipcios!".

Grupos de comandos penetraban en aquellos momentos en las oficinas del Canal, sellaban sus dependencias y confiscaban el dinero y la documentación.

David Solar, autor de *Sin piedad, sin esperanza. Palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa.*

Nasser quería liberar Egipto de la dependencia extranjera y necesitaba los recursos económicos del Canal (por Enrique Ortega).

En las horas siguientes, los egipcios, se hicieron cargo de las instalaciones y los buques siguieron navegando entre el Mediterráneo y el Mar Rojo y viceversa, como si nada hubiese ocurrido.

Mientras Egipto celebraba el acontecimiento, el mundo quedó estupefacto y en Londres y París se pasó de la incredulidad a la cólera. Gran Bretaña y Francia, propietarias de las acciones de la Compañía del Canal, hicieron saber a El Cairo que no renunciaban a sus derechos y que harían lo posible por recuperarlos. Las Bolsas europeas bajaron en los siguientes días, pues, aparte de la pérdida del tráfico del Canal, se suponía que el corte del tráfico provocaría un desabastecimiento petrolífero. Pero fue una reacción pasajera: en las dos semanas siguientes atravesaron la vía de agua 625 buques, un 90 por ciento del tráfico normal; por tanto, un descenso insignificante, debido al temor de que pudiera producirse un ataque anglo-francés.

Francia y Gran Bretaña se encontraron casi solas en sus demandas. Nadie más parecía damnificado. Incluso Estados Unidos se mostraba distante, pues ni le interesaba implicarse en un asunto colonialista, ni el Próximo Oriente centraba entonces la preocupación del presidente Eisenhower lanzado en la carrera electoral que culminaría el 6 de noviembre. Washington trató de hallar una salida diplomática y convocó una Conferencia Internacional sobre la libertad de navegación por el Canal, violada por Egipto al impedir el paso de los buques israelíes.

Fracaso mediador

La conferencia, reunida en Londres el 16 de agosto, resultó un fracaso, pues Nasser declinó participar en ella, alegando que "se trataba de una injerencia en los asuntos internos de Egipto". Los reunidos recomendaron que el tráfico del Canal fuera manejado y garantizado por una comisión internacional, pero no hubo manera de convencer a Nasser, que calificó tal pretensión de "intento de arrebatar el Canal de Suez a Egipto".

Tropas mecanizadas israelíes en el Sinaí. Su eficacia, que asombró al mundo, unida al factor sorpresa, desmantelaron el dispositivo militar egipcio.

El 11 de septiembre la negociación se consideró rota. París y Londres iniciaron un boicot económico contra El Cairo y llevaron la resolución de la Conferencia Internacional al Consejo de Seguridad, pretendiendo una intervención militar, que fue vetada por la Unión Soviética.

Pero fue Washington quien más se empeñó en frenar los planes militares de París y Londres –que ya concentraban una fuerza de desembarco en Chipre– con la creación de la Asociación de Usuarios del Canal, que debería encargarse de la organización del tráfico, el pilotaje de los buques y la recaudación de los derechos de paso. El secretario de Estado norteamericano, John F. Dulles, artífice de aquella maniobra, suponía de antemano que Nasser rechazaría la propuesta, pero él pretendía ganar tiempo, retrasar los proyectos intervencionistas anglo-franceses y permitir la elección presidencial norteamericana, tras la cual el presidente Eisenhower podría ocuparse directamente de esa crisis.

Sin embargo, Nasser aceptó el plan norteamericano, según el cual Londres y París renunciaban a sus reivindicaciones, a la par que El Cairo asumía un control mixto del Canal junto con la Asociación de Usuarios. El 90% de la recaudación del canon de paso sería para Egipto y el resto indemnizaría a la Compañía del Canal hasta que expiraran sus derechos. Egipto sólo rechazó el paso de buques israelíes.

Esa solución irritaba a los franceses, que desde mucho antes tramaban la ruina de Nasser, sobre todo por su ayuda al FLN argelino, que tenía en territorio egipcio su infraestructura independentista. Allí residía su cúpula dirigente, se adiestraban sus comandos y se centralizaba el suministro

El presidente Gamal Abdel Nasser, triunfalmente recibido en El Cairo tras la nacionalización del Canal, el 26 de julio de 1956.

de armas a los guerrilleros (ver *La Aventura de la Historia*, núms. 69 y 93).

Lo propuesto en Washington también contrariaba a los ingleses, porque, Canal aparte, Nasser teledirigía los asuntos de Jordania y había logrado un Parlamento filoegipcio, socavando la influencia de Gran Bretaña, creadora del reino hachemita; el pronasserista Suleimán Nabulsi fue designado primer ministro y su primera medida fue anular el acuerdo militar anglo-jordano que le vinculaba al mando militar conjunto egipcio-sirio-jordano.

El principal enemigo

A todas éstas, nadie parecía acordarse del mayor afectado: Israel. Las armas que Nasser estaba comprando en Checoslovaquia le otorgarían en poco tiempo una clara superioridad militar sobre Tel Aviv, cuyas demandas de armamento habían sido rechazadas en Estados Unidos; a la vez, la preponderancia regional que estaba consiguiendo el Rais significaba para Israel el incremento de la amenaza militar de Siria y Jordania y del terrorismo palestino contra su territorio. Además, la nacionalización del Canal perjudicaba gravemente su tráfico oceánico, pues sus buques estarían abocados a dar la vuelta a toda África si El Cairo bloqueaba, también, los estrechos de Tirán, llave del golfo de Aqaba, situado al sureste del Sinaí. El primer ministro israelí, David Ben Gurion, en excelentes relaciones con el Gobierno socialista francés, envió a París, en agosto de 1956, al director general del Ministerio de Defensa, Simon Peres. A finales de agosto, agentes del Gobierno francés investigaron la situación israelí para entrar en la guerra. El Ejército judío, que estaba recibiendo armas francesas –200 tanques *AMX* y 72 cazas *Mystère*– pidió material de detección, transporte y telecomunicaciones, que le fue servido con sumo sigilo. A continuación, el general Moshe Dayan, jefe del Estado Mayor israelí, comenzó a planificar la guerra.

Era una situación compleja: París deseaba contar con Israel, pero Londres rechazaba tal implicación, pues suscitaría el rechazo de sus amigos árabes. Por su lado, Tel Aviv rechazaba su intervención si no había un acuerdo previo entre iguales y una garantía de sus socios ante un ataque aéreo egipcio o una intervención conjunta de los demás países árabes.

El 16 de octubre de 1956 se reunieron en el palacio de Matignon, residencia del primer ministro francés, su titular, Guy Mollet, y su ministro de Exteriores, Christian Pineau, con el jefe del Gobierno británico, Anthony Eden y el titular del Foreign Office, Selwyn Lloyd. Allí estudiaron la idea desarrollada por el subjefe del Estado Mayor francés, Maurice Challe, que consistía en lanzar a Israel contra Egipto y cuando las fuerzas judías se hallaran cerca del Canal, Francia y Gran Bretaña intervendrían para garantizar las instalaciones y el tráfico naval. Los británicos aceptaron encantados y Guy Mollet se lo comunicó a Ben Gurion.

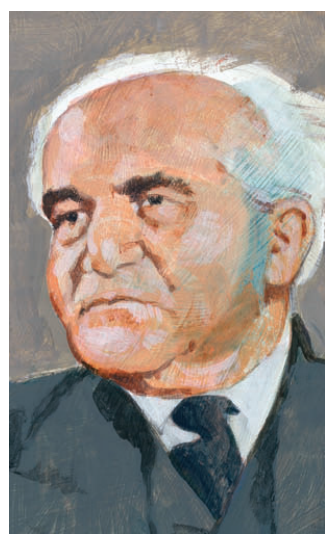
La conspiración

Aunque inicialmente entusiasmado, en los días siguientes Ben Gurion sopesó los problemas que revestía el plan: Israel correría el riesgo militar y aparecería como agresor, mientras que París y Londres, sin apenas riesgos, recuperarían el Canal a la vez que presumirían como pacificadores de la zona y salvadores de la estratégica vía de comunicación. *El Plan Challe* comenzó a parecerle una posible trampa o, en todo caso, un riesgo, por lo que exigió un tratado entre iguales. Sólo le convencieron la insistencia de Dayan y Peres y la presión francesa para que participara en una conferencia tripartita.

El 21 de octubre, un avión despegó de una base francesa y aterrizó en un aeropuerto militar israelí, donde lo abordaron Ben Gurion (con su médico), Simon Peres, Moshe Dayan y, como secretario de la delegación, el historiador Mordechai

Bar-On. De madrugada, llegaron a una base militar próxima a París y, al día siguiente, se reunieron en una finca de Sèvres con Guy Mollet, Pineau y Bourges-Maunoury, ministro francés de Defensa. Sin la presencia británica, en un clima de confianza, Ben Gurion expuso sus objeciones al *Plan Challe*, pero se mostró dispuesto a aceptarlo si se firmaba un acuerdo tripartito y si su objetivo final no se limitaba al Canal, sino que se extendía al derrocamiento de Nasser y a la reorganización de todo el próximo Oriente, expandiéndose Israel por Cisjordania, el sur de Líbano y el Sinaí. Jordania desaparecería, cediéndose al probritánico Irak la Transjordania, a cambio de que se hiciera cargo de los refugiados palestinos...

Ben Gurion estaba lanzando un globo sonda y, para quitarle peso, calificó previamente su proyecto de "fantástico", pero los franceses entendieron que no estaba bromeando y que aquel asunto podía írseles de las manos. Cuando llegaron los británicos recibieron un resumen de lo hablado y quedaron estupefactos: el ministro de Exteriores, Selwin Lloyd, lo consideró como una monstruosidad política. Dudaba mucho, además, que el *premier* Eden pudiera superar la oposición que tal proyecto suscitaría en su Gobierno, en sus filas parlamentarias y en la oposición. Finalmente, aseguró que sólo estaba dispuesto a asumir el *Plan Challe*. Si Israel lo aceptaba, se recuperaría el Canal y se derrocaría a Nasser; si lo rechazaba, él arreglaría el asunto diplomáticamente "en una semana" con el ministro egipcio de Exteriores.



Arriba, la revista satírica británica *Punch* representaba al *premier* **Anthony Eden**, como un cordero vestido de lobo. Abajo, izquierda, **Guy Mollet**, primer ministro francés, y, derecha, **David Ben Gurion**. Los tres, por el Canal y otros motivos, deseaban destruir a Nasser (por E. O.).

Poderosos intereses

La convergencia de los intereses de las tres delegaciones resultó extraordinariamente difícil, pero la situación les empujó hacia el acuerdo. Para Ben Gurion era inaceptable que Lloyd solucionara el asunto del Canal por vía diplomática, pues significaría la victoria de Nasser y la pérdida del acceso desde el mar Rojo. Su rechazo, además, contrariaría a Francia, que podría revisar el suministro de armas.

Al tiempo, Francia y Gran Bretaña recibían nuevos estímulos para intervenir. El primer día de la conferencia, 22 de octubre, la marina francesa interceptó un cargamento egipcio de armas destinadas al FLN y el segundo día se produjo la mencionada designación de Suleimán Nabulsi como primer ministro de Jordania. Si algo faltaba para decidirles, estas dos sonoras bofetadas de Nasser les impulsaron a aceptar algunas tesis israelíes con tal de infligir un severo castigo a Egipto y de provocar la caída del Rais.

Las negociaciones se prolongaron hasta la noche del día 24 y alcanzaron el acuerdo basándose en el *Plan Challe*, modificado por Dayan: Israel lanzaría paracaidistas sobre el paso de Mitla, a cincuenta kilómetros del Canal, el 29 de octubre por la tarde y el día 30, los anglo-franceses, ante la proximidad de los paracaidistas israelíes de la vía de agua, presentarían, un ultimátum a ambos contendientes: alto el fuego y retirada a dieciséis kilómetros del Canal. A Nasser se le impondría la presencia de fuerzas anglo-francesas en los puntos clave del Canal para garantizar la libertad de tránsito, hasta que se llegara a un acuerdo definitivo. En el caso de que uno u otro contendiente desobedecieran, paracaidistas y unidades anfibias anglo-francesas se apoderarían de las instalaciones. Este plan reducía a treinta y seis horas el riesgo israelí de combatir en solitario y de aparecer como agresor único.

Exprimiendo el limón

Ben Gurion aceptó, pero exigió la firma de un protocolo tripartito, en el que se fijó este acuerdo, la promesa francesa de defender las ciudades israelíes si eran bombardeadas por Egipto y el compromiso de París y Londres de atacar Egipto si rechazaba el ultimátum. En su diario anotó: "Se trata de una oportunidad singular que dos potencias importantes traten de derribar a Nasser y que no permanezcamos solos contra él mientras va fortaleciéndose y conquistando todos los países árabes (…). Y puede ser que la situación del Próximo Oriente cambie en su totalidad de acuerdo con mi plan".

Mientras se redactaba el protocolo, Ben Gurion trató de exprimir el jugo a su

LOS PLANES DE BEN GURION PARA ISRAEL

La tierra codiciada

En Sèvres, David Ben Gurion, expuso su visión del Próximo Oriente.

"Jordania, observó, no era viable como Estado independiente y, por tanto, debería ser dividida. Irak obtendría Transjordania a cambio de la promesa de asentar a los refugiados palestinos allí y de firmar la paz con Israel, mientras que Cisjordania se uniría a Israel, bajo el estatuto de región semiautónoma. Líbano estaba pasándolo mal a causa de la gran cantidad de musulmanes que se habían concentrado en el sur. El problema podría resolverse con la expansión de Israel hasta el río Litani, ayudando así a convertir el Líbano en un país cristiano. El área del Canal de Suez debería tener un estatuto internacional y los estrechos de Tirán, en el golfo de Aqaba, deberían pasar a control israelí para garantizar la libertad de navegación. Una condición previa para poder llevar a cabo este plan era la eliminación de Nasser y su sustitución por un dirigente prooccidental que estuviera dispuesto a firmar la paz con Israel".

Todos saldrían beneficiados: "El Canal de Suez se convertiría en un paso internacional. El reino Unido recuperaría la hegemonía en Irak y Jordania y aseguraría su paso al petróleo de Oriente Próximo. Francia consolidaría su influencia en Líbano e Israel, al tiempo que sus promesas en Argelia concluirían con la caída de Nasser..."

Dos días después, a solas con Guy Mollet, le propuso repartirse el petróleo del Sinaí, península que pasaría a formar parte de Israel, pues no pertenecía a Egipto, sino que "los británicos se la habían robado a los turcos".

Ese sueño expansionista de Ben Gurion lo llevaron a cabo sus herederos políticos en la guerra de 1967, en la que se apoderaron del Sinaí, de Cisjordania y de los altos del Golán (Siria), en vez del sur de Líbano.

(Avi Shlaim, *El muro de hierro.*)

aceptación: en un aparte, le habló a Mollet del petróleo descubierto en el Sinaí y de que esa península podría desgajarse de Egipto, pues no le pertenecía: "los británicos se la habían robado a los turcos y la agregaron a Egipto cuando creían que tenía este país bajo su completo control. Le propuse tender un oleoducto desde el Sinaí hasta Haifa para refinar petróleo y Mollet se mostró interesado" (*Diario*).

Peres tampoco perdió el tiempo. Abordó con Mollet y Bourges-Maunoury la cesión de un reactor nuclear, asunto ya tratado meses antes: "Llegué a un acuerdo para la construcción de un reactor nuclear en Dimona, al sur de Israel (…) y el suministro de uranio natural como combustible. Presenté una serie de propuestas detalladas y, tras discutirlas, aceptaron" *(Mi lucha por la Paz)*.

Moshe Dayan regresó a su Estado Mayor a mediodía del 25, sin un minuto que perder, pues los supuestos operativos de las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF) nunca había contemplado el lanzamiento de paracaidistas en el paso de Mitla. "Inicialmente, se cargaba el acento en la creación de una amenaza contra el Canal, de acuerdo con nuestro papel en el plan; luego acometeríamos nuestros objetivos básicos en la campaña: la conquista de los estrechos de Tirán y la derrota de las fuerzas egipcias" (Dayan, *Autobiografía*).

Aquel mismo 25 de octubre, Israel dejó organizada una movilización general fulminante que impidiera la reacción egipcia: las armas estarían dispuestas el día 28; los soldados alcanzarían sus unidades a caballo del 28 y el 29.

La guerra de Dayan

Al atardecer del lunes, 29 de octubre, Nasser celebraba el cumpleaños de un hijo en su residencia campestre. Durante la fiesta, el presidente recibió una llamada de Abdel hakim Amer, su segundo en el escalafón del poder: "Israel nos ataca".

La situación militar de Egipto en el Sinaí parecía sólida. Disponía de tres divisiones en la frontera y de dos brigadas como reserva: unos 45.000 hombres, que serían teóricamente reforzados por grupos de guerrilleros palestinos. Esas fuerzas estaban bien fortificadas y disponían de importantes medios blindados y artilleros. En el aire, Egipto parecía incluso superior a Israel.

El Ejército judío sólo tenía en filas unos 20.000 hombres, pero movilizó 40.000 reservistas en ocho horas. El Cairo no tuvo tiempo de evaluar la importancia de tal movilización, que conoció poco antes de que comenzara el ataque. Éste había sido estudiado por las IDF a partir de agosto: era suicida chocar con las dos divisiones egipcias del norte y centro, pero ofrecía buenas perspectivas la ofensiva contra la tercera, al sur del dispositivo árabe, que defendía un terreno complejo a lo largo de unos 140 kilómetros de frente. Pero el empleo de fuerzas importantes tan al sur suponía un riesgo para Israel, pues permitiría un contraataque simultáneo egipcio, desde la Franja de Gaza, y jordano, desde el sur de Cisjordania. El factor sorpresa y la velocidad del ataque eran las únicas garantías de éxito.

Los artífices israelíes de aquella guerra, junto con el primer ministro Ben Gurion: izquierda, **Simon Peres** consiguió en Francia las armas y, después del conflicto, la central nuclear de Dimona. Derecha,el general **Moshe Dayan**, que dirigió las operaciones desde el Estado Mayor (por E. O.)

Hacia las seis de la tarde del 29 de octubre de 1956, comenzó el lanzamiento de un batallón de paracaidistas israelíes sobre el paso montañoso de Mitla. Poco después, ya de noche, los dos restantes batallones de la brigada irrumpieron en el Sinaí, por el norte de Kuntilla, y aplastaron la ligera oposición de algunas fuerzas dispersas. A medianoche se rindió Kuntilla, atacada por retaguardia. Ariel Sharon, jefe de la brigada, sometió a sus fuerzas a una marcha vertiginosa: con las primeras luces del día 30 tomaban el Thamed, a 50 km del punto de partida.

Una segunda brigada atacó desde el sur de Kusseima, importante nudo de comunicaciones, que se rindió en la mañana del 30: en las líneas egipcias se había abierto un boquete que abarcaba todo el frente sur. Por la tarde, las avanzadillas de la columna de Sharon enlazaban con los paracaidistas en Mitla: había avanzado 200 km en veinticuatro horas.

Nasser fue sorprendido por la sigilosa y veloz movilización israelí, que puso 40.000 hombres en el Sinaí en sólo ocho horas

La situación pintaba bien para Israel. En el aire, uno de sus temores, se midieron por vez primera los cazas israelíes y los egipcios y, tras el tanteo inicial, los cazas árabes dejaron el campo libre.

Liberado del temor aéreo, y al socaire de su éxito en el sur, Dayan lanzó dos brigadas blindadas: una contra la Franja de Gaza y otra al norte de Kusseima, aprovechando la confusión que había creado el desplome del sur. Y ese mismo día, una quinta columna mecanizada partía desde Kuntilla hacia el sur, tratando de alcanzar Sharm el Sheiq y abrir el golfo de Aqaba a la navegación israelí.

Cumpliendo lo acordado en Sèvres, al atardecer del 30 de octubre se producía el ultimátum anglo-francés. Tel Aviv no se molestó en contestar, porque sus fuerzas aún estaban lejos del Canal. Tampoco respondió El Cairo, donde la confusión era enorme, pues sólo disponían de información de las unidades que estaban rechazando los ataques y tardó cuarenta y ocho horas en advertir que se les había hundido el frente.

Conmoción mundial

Por aquellos días, los tanques soviéticos trataban de aplastar la sublevación de Hungría; los norteamericanos, de cerrar su campaña electoral, y el Consejo de Seguridad, reunido a petición de Estados Unidos el 30 de octubre, dirimía una de las batallas internacionales de la Guerra Fría. El representante de Washington, Cabot Lodge, impidió el aplazamiento solicitado por ingleses y franceses y presentó un proyecto de resolución que pedía la inmediata retirada judía "más allá de la línea de armisticio que se establezca"; solicitaba a los Estados miembros de la ONU que se abstuvieran de intervenir y de ayudar militar y económicamente a Israel. Londres y París vetaron la propuesta. En esa misma sesión, que continuaba de madrugada, debieron emplear nuevamente su veto ante un proyecto de resolución análogo presentado por la URSS.

Mientras sus embajadores peleaban en la ONU, Francia y Gran Bretaña bombardearon los aeropuertos egipcios, pero el *premier* Eden, presionado por Washington, pospuso el ataque aeronaval.

El momento álgido de la lucha se produjo 1 de noviembre de 1956, cuando Nasser ordenó la intervención de una división entera enviada de refuerzo al frente norte. Las dos brigadas israelíes situadas en aquella zona aguantaron su embestida, mientras las otras dos, que operaban en torno al eje Kusseima-Abu Ageila, penetraban profundamente en el Sinaí constituyendo una amenaza mortal para tres divisiones egipcias, pues en cualquier momento los judíos podían girar hacia el norte y cortar su única vía de escape, paralela al Mediterráneo.

A primera hora del 2 de noviembre, viendo el peligro de cerco que acechaba a su Ejército y que a nada conducía meter más tropas en aquella guerra perdida, el Rais ordenó la retirada. Ese día capitulaban los principales centros egipcios en el Sinaí: Gaza, Rafah, El Arish, Bir Gafgafa... y una de las columnas israelíes, que marchaba por el centro del desierto, soslayaba el paso de Gidi y se paraba a 16 kilómetros del Canal.

CAMPAÑA DE SINAÍ - 1956

La guerra militar había terminado, pero no la diplomática. El 2 de noviembre, la Asamblea General de la ONU, a propuesta de Estados Unidos, ordenaba el alto el fuego, al que accedió Egipto, pero no Gran Bretaña ni Francia. Israel, lo aceptaba si Egipto, además, suspendía su hostilidad contra el Estado judío y cesaba de enviar grupos terroristas a su territorio y permitía el paso de sus buques por el Canal. El alto el fuego quedó en agua de borrajas y las tropas israelíes continuaron operando hasta alcanzar todos sus objetivos.

Aquella noche, Ben Gurion le dijo a Dayan: "¿Por qué se preocupan ustedes tanto? ¡Mientras ellos sigan sentados en Nueva York y nosotros estemos en el Sinaí, la situación no es mala!".

El día 3, la URSS inició su cadena de amenazas para "ahogar la agresión en Oriente Medio", proponiendo a Washington la

creación de una fuerza conjunta de intervención; Eisenhower, a dos días de las elecciones, rechazó el plan y escribió a Bulganin que "el mejor servicio que podría hacer la Unión Soviética a la causa de la paz era poner en práctica la resolución de la Asamblea General que pedía el fin de la intervención soviética en Hungría".

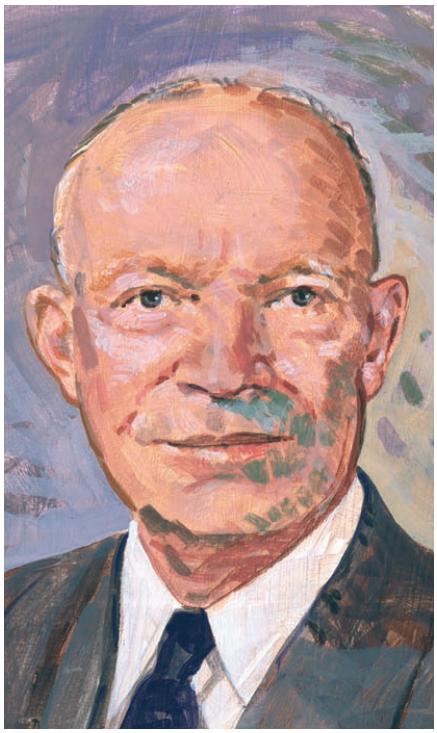
Los *cascos azules*

Una de las consecuencias de esta grave crisis fue la propuesta del ministro canadiense de Asuntos Exteriores, Lester Pearson, de crear "una fuerza internacional lo bastante importante para mantener la paz en las fronteras de estos países, mientras se busca un arreglo político". El día 4 la Asamblea General aprobaba la creación de una Fuerza de Emergencia (FENU), los Cascos Azules, y el día 5 se ordenó al general canadiense, Burns, que reclutara los efectivos necesarios.

En esa misma fecha, por la tarde, Moscú asombraba al Consejo de Seguridad proponiendo la formación de una fuerza aeronaval internacional para ayudar a Egipto. El veto fue unánime. Simultáneamente, Bulganin escribía a Ben Gurion y, tras comunicarle la ruptura de relaciones diplomáticas, le amenazaba con tomar "medidas para poner fin a la lucha y detener a los agresores y de que podría utilizar medios de destrucción como los cohetes". Tal amenaza la hizo extensiva a Francia y Gran Bretaña. Y, subiendo la presión, el día 6, solicitó a Turquía permiso de paso por los estrechos del Bósforo para sus buques de guerra.

Mientras, los israelíes reunían los soldados egipcios dispersos por el Sinaí y recuperaban el material bélico. Además, dos de sus columnas seguían marchando sin oposición hacia Sharm el Sheiq. Una, por la costa oriental del Sinaí, la otra, la brigada paracaidista de Sharon, desde el paso de Mitla, por la ribera occidental. Enlazaron el día 4, rindiéndoseles las últimas fuerzas egipcias. Horas después se apoderaban de los islotes de Tirán y Sanafir, llave del Golfo de Aqaba.

Cuenta el historiador israelí Avi Shlaim que, aunque Ben Gurion, indispuesto, tuvo que guardar cama durante la guerra, "estaba ebrio de victoria cuando concluyó". En un telegrama enviado a la Séptima brigada, tras la captura de Sharm el Sheiq, escribió: "Yotvata (Tirán), que hasta hace mil cuatrocientos años era parte de un Estado independiente judío, volverá a ser parte del reino de Israel" (*El muro de hierro*).



Nikolai Bulganin, jefe del Gobierno soviético, profirió durante la crisis graves amenazas contra los agresores, mientras sus tanques aplastaban la resistencia húngara. **Dwight Eisenhower,** en pleno proceso electoral, apenas intervino, pero fue decisivo a la hora de cerrarlo (por E. O.).

Eisenhower corta el paseo

El día 5, los paracaidistas anglo-franceses saltaron sobre Port Said, y el 6, comenzaron las operaciones anfibias, que apenas hallaron resistencia: el derrumbamiento egipcio era completo y, en pocas horas, los invasores controlaron Port Said y Port Fuad y avanzaban a lo largo del Canal, hacia el sur, al ritmo de sus carros de combate. Tal paseo militar fue interrumpido en la madrugada del día 7: la Asamblea General pedía a Francia, Reino Unido e Israel la retirada de Egipto.

No pensaban darse por aludidos, pero en aquel momento intervino Eisenhower, que ya conocía su victoria electoral. A Ben Gurion le comunicó que el rechazo al llamamiento de las "Naciones Unidas dañaría la amistosa cooperación existente entre nuestros dos países". Igualmente, se puso en contacto con el Gobierno británico, y Eden, sobre el que también pesaban las amenazas soviéticas, cedió a las presiones y promesas norteamericanas y paralizó las operaciones. París, aunque de mala gana, tuvo que admitir que no podía continuar en solitario.

De espaldas a la compleja situación internacional y a los problemas que acongojaban a sus socios en la urdimbre de aquella guerra, durante la mañana del 7 de noviembre, Ben Gurion, en su discurso de la victoria ante la Knesset, fantaseaba : "Sugirió que Israel planeaba anexionarse toda la Península del Sinaí y el estrecho de Tirán (...). Añadió, triunfante, que el acuerdo de armisticio con Egipto era letra muerta, que Israel no entregaría el Sinaí a fuerzas extranjeras y que el país estaba preparado para entablar negociaciones directas con Egipto (...). La euforia de Ben Gurion tuvo una vida corta" (A.Shlaim, *El Muro de Hierro*).

Cuando la URSS pidió la inmediata retirada de todas las fuerzas extranjeras de Egipto bajo la amenaza de permitir que acudieran en ayuda de Nasser miles de voluntarios soviéticos, Ben Gurion comenzó a sentir temor, porque la amenaza llegaba acompañada de la irritación y presiones de Eisenhower y del encogimiento de sus aliados. En aquellos momentos releyó la amenazadora carta de Bulganin, en la que le acusaba de "jugar de manera irresponsable y criminal con el destino del mundo y de poner en peligro la propia existencia del Estado de Israel". Aunque el embajador israelí en Moscú le aseguró que el soviético jugaba de

Paracaidistas franceses conducen una columna de prisioneros egipcios, reunidos en las instalaciones del Canal, en Port Fuad.

farol, Ben Gurion se asustó: "No podía excluir el riesgo de que el conflicto pudiera suponer una escalada hacia una potencias guerra mundial, por la que se pudieran exigir responsabilidades a Israel" (Shlaim, *El Muro de Hierro*).

Ben Gurion se queda solo

Para sondear la opinión de sus aliados, envió a Golda Meir a París. Pineau, también abrumado por la amenaza soviética, recomendó que Israel evacuara el Sinaí. Golda Meir puso sobre la mesa el gran premio que la conservación del Sinaí significaría para Francia y le recordó el reparto del petróleo propuesto por Ben Gurion. Pineau, asombrado, replicó mirando a la ministra a los ojos, como si estuviera ante una loca:

–¡Señora Meir! Los soviéticos están sobrevolando Siria. Los rusos quieren intervenir en Oriente Próximo ¡Y usted está pensando en el petróleo del Sinaí!

Pero lo que más le impresionó a Ben Gurion fue la irritación de Eisenhower, que se sentía engañado. El presidente le exigió una inmediata retirada israelí del Sinaí o, de lo contrario, suprimiría toda colaboración y cortaría la ayuda privada de los judíos norteamericanos. Incluso no se opondría a una resolución que tratara de expulsar a Israel de la ONU y, además, retiró su escudo protector sobre los tres agresores, dejándolos, oficialmente, a merced de los misiles soviéticos.

Angustiado por esa amenaza, y ante la hipótesis de una guerra mundial, en la que Israel sería el primer objetivo, Ben Gurion ordenó una retirada incondicional. Pero antes de que se efectuara, Aba Eban sugirió que la condicionara al control del Sinaí y de los estrechos de Tirán por los *cascos azules* que se estaban reclutando.

De aquella crisis Gran Bretaña y Francia salieron como potencias subordinadas, perdieron presencia política en el Próximo Oriente y suscitaron la inquina de Nasser. Israel, a costa de un millar de bajas, de una crisis interna y de una momentánea pérdida de prestigio internacional, obtuvo un cuantioso botín militar, además de créditos y ayudas por más de mil millones de dólares, importantes envíos de nuevas armas y ¡un reactor nuclear! que fue instalado en Dimona, en el desierto del Neguev. Allí se han fabricado las bombas atómicas de Israel.

Egipto sufrió nueve mil bajas y perdió el equipo militar de dos divisiones y Nasser estuvo a punto de derrumbarse, pero los ingleses y los franceses se fueron e Israel abandonó el Sinaí meses después, por lo que el Canal quedaba en su poder y pronto pudo ampliarlo y reabrirlo, mientras la Unión Soviética le repuso con creces el material bélico perdido y comenzó a proporcionarle el dinero para construir la presa de Asuán.

Nasser se había convertido en el político árabe más influyente y carismático. Cuando le preguntaron cómo había superado aquella crisis, respondió sin titubear: "Gracias a Eisenhower". ■

PARA SABER MÁS

Ben Gurion, D., *Memoires. Israël avant Israël, París,* Grasset, 1974.
Dayan, M., *Autobiografía*, Barcelona, Grijalbo, 1978.
Dent, B., *Budapest, Locations of Drama,* Budapest, Europa, 2006.
Ferrero Blanco, M. D., *La revolución húngara de 1956*, Huelva, Universidad, 2002.
Lacouture, J., *Nasser,* Barcelona, Dopesa, 1972.
Martín, R.; Pérez, G., y Szilágyi, I., *La Batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*, Madrid, Actas, 2006.
Peres, S., *Memorias, Mi lucha por la paz*, Barcelona, Prensa Ibérica, 1995.
Shlaim, A., *El muro de hierro*, Granada, Almed, 2003.
Solar, D., *Sin Piedad, sin esperanza. Palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa*, Granada, Almed, 2002.
Zorgbibe, Ch., *Historia de las relaciones internacionales, 2*, Madrid, Alianza, 1997.